TRATADO DE LA CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS

escrito por el

V. P. ALONSO RODRÍGUEZ

de la Compañía de Jesús

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44 - 41003 Sevilla

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA
ISBN: 84-7770-539-9
Depósito legal: M. 47.288-2000
Imprime: Impresos y Revistas, S. A.

PRÓLOGO

DE LOS EDITORES.

Ofrecemos a nuestros apreciables lectores el tratado de la CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS, que escribió el P. Alonso Rodríguez, de la Compañía de Jesús, para, sus religiosos, pero que fácilmente puede aplicarse a sí mismo el que lo lea, sea el que fuére su estado. Es uno de los tratados que forma su *Ejercicio de Perfección*, obra de tanto mérito y tan estimada de los extranjeros, que se halla, traducida en todas las lenguas cultas de la Europa, y de la que nos decía años atrás un sabio y piadoso eclesiástico francés, que es libro para empezar a leerlo y no dejarlo hasta el fin, y luego comenzarle de nuevo para no dejarlo de la mano en toda la vida.

No nos hemos permitido ninguna variación en lo sustancial: hemos suprimido casi todo el capitulo XIII por las razones que allí exponemos: hemos corregido una multitud de equivocaciones en las citas; le hemos arreglado un poco a la ortografía del siglo XIX, sin hacerle perder la gravedad española del siglo XVI, siglo de oro de nuestra literatura; hemos puesto en castellano las citas latinas que no estaban traducidas por el autor, y hemos suprimido el latín de las traducidas, poniendo entre comillas la traducción.

Dos son las razones que nos han obligado a publicar este tratado, que infinitas veces nos ha recomen-

dado nuestro digno fundador el ilustrísimo Claret, arzobispo dimisionario de Santiago de Cuba (San Antonio María Claret): la primera, para hacer conocer bien el deber que todos tenemos de abandonarnos a la disposición de aquella voluntad soberana y adorable de nuestro Padre celestial, que tanto nos ama, voluntad que todo lo ha criado y lo conserva, y a la que con tanto rendimiento se someten todas las demás criaturas, que solo esperan sus órdenes; y al mismo tiempo para hacer palpar las ventajas que este abandono puede proporcionarnos no solo para la otra vida, sino aun para la presente.

La segunda es, que multiplicándose cada día las miserias de la humanidad, y creciendo los trabajos, penas y angustias a proporción de lo que va creciendo en el mundo la corrupción de costumbres, el libertinaje y la perversidad de sus moradores; es quizás ahora mas necesario que nunca un confortativo para sobrellevar tantos males. *El mundo se alegrará*, nos dijo el divino Maestro al despedirse de nosotros, *el mundo se gozará, y vosotros estaréis tristes: en el mundo tendréis apretura*. Siempre se ha cumplido para los verdaderos fieles este anuncio de Jesucristo; pero en pocos tiempos ha tenido más cabal cumplimiento que en nuestros aciagos días, en los que se va generalizando la apostasía de las naciones cristianas, y en que parece estamos metidos en aquellos días malos y tiempos peligrosos, de que nos hablaron los apóstoles san Pedro y san Pablo.

TRATADO DE LA CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS

CAPITULO I.

En que se ponen dos fundamentos principales.

No se haga, Señor, como yo quiero, sino como Vos queréis[2]». Para dos cosas dicen los Santos que bajó el Hijo de Dios del cielo, y se vistió de nuestra carne, haciéndose verdadero hombre: la una para redimirnos con su sangre preciosa; la otra para enseñarnos con su doctrina el camino del cielo e instruirnos con su ejemplo. Porque así como no aprovechara saber el camino, si estuviéramos presos en la cárcel; así dice san Bernardo[3], «no aprovechara sacarnos de la cárcel, si no supiéramos el camino». Y como Dios era invisible, para que le viésemos y le pudiésemos seguir e imitar, era menester que se hiciese visible, y se vistiese de nuestra humanidad, como el pastor, se viste de la zamarra, que es vestidura de la oveja, para que las ovejas le sigan, viendo su semejanza. Y san León Papa, dice: «Si no fuera verdadero Dios, no nos trajera el

2 Math. XVI, 39.
3 Serm. 3 in Circumcis. Dom.

remedio , y si no fuera verdadero hombre, no nos diera ejemplo[4]. Lo uno y lo otro hizo él muy cumplidamente con el exceso de amor que tenia a los hombres: así como la redención fue muy copiosa[5]», así lo fue también la enseñanza porque no fue solo con palabras, sino muy mas abundantemente con ejemplo de obras. «Jesús comenzó a hacer y enseñar,» dice el evangelista san Lucas[6]. Primero comenzó a obrar, y esto toda la vida, y después a predicar, los tres años postreros, o los dos y medio.

Pues entre otras cosas que nos enseñó Cristo nuestro Redentor, una de las mas principales fue, que tuviésemos entera conformidad con la voluntad de Dios en todas las cosas. Y esto no solamente nos lo enseñó con palabras, cuando enseñándonos a orar, dijo: Una de las cosas, que habéis de pedir a vuestro Padre celestial, es: «Hágase, Señor, vuestra voluntad en la tierra, así como se hace en el cielo[7]», mas también con su ejemplo confirmó bien esta doctrina porque a esto dice él, que bajó del cielo a la tierra. «Descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la de mi Padre que me envió[8]». Y al tiempo de rematar el negocio de nuestra retención el jueves de la Cena, en aquella oración del huerto, aunque el cuerpo y el apetito sensitivo naturalmente rehusaba la muerte, y así, para mostrar que era verdadero hombre, dijo: «Padre mío, si es

4 Serm. 1 de Nativit. Dom.
5 Psalmm. CXXIX, 7.
6 Act. I, c. 1.
7 Math. VI, 10.
8 Joan. VI, 38.

posible, pase de mí este cáliz[9]», pero la voluntad siempre estuvo muy pronta y muy deseosa de beber el cáliz que su Padre le enviaba. Y así añadió luego: espero no se haga, Señor lo que yo quiero, sino lo que Vos queréis.

Para que llevemos esto de raíz, y nos fundemos bien en esta conformidad, se han de suponer dos fundamentos breves, pero muy sustanciales, sobre los cuales, como sobre dos quicios, se ha de revolver todo este negocio. El primero es, que nuestro aprovechamiento y perfección consiste en esta conformidad con la voluntad de Dios; y cuanto esta fuére mayor y más perfecta, tanto él será mayor. Este fundamento fácilmente se deja entender, porque cosa cierta es que la perfección esencialmente consiste en la caridad y amor de Dios; y, tanto será uno mas perfecto, cuanto más amaré a Dios. Lleno está de esta doctrina el sagrado Evangelio, llenas las epístolas de san Pablo, llenos los libros de los Santos. Este es el mayor y el primer mandamiento[10]. La caridad es el vínculo de la perfección[11]. La mayor de estas es la caridad[12]». Lo mas alto y más perfecto es la caridad y amor de Dios. Pues lo más alto, y más subido, y más puro de ese amor de Dios, y como la nata de él es conformarse en todo con la voluntad de Dios y tener un querer y no querer con su Majestad en todas las cosas. Dice san Jerónimo, y lo

9 Math. XXVI, 39.
10 Math. XXII, 38.
11 Colos. III, 14.
12 I Cor. XIII, 12.

trae del otro filósofo: El tener un mismo querer y no querer con el amado, esa es la verdadera y firme amistad[13]». Luego cuanto uno estuviere más conforme y más unido con la voluntad de Dios, tanto será mejor y más perfecto. Y más claro está que no hay cosa mejor ni más perfecta que la voluntad de Dios; luego cuanto uno más se uniere y conformare con la voluntad de Dios, tanto será mejor y más perfecto. Como argüía el otro filósofo: si Dios es la cosa más perfecta que hay, luego cuanto una cosa más se asemejare y pareciere a Dios, tanto será más perfecta.

El segundo fundamento es, que ninguna cosa puede acontecer, ni suceder en el mundo, sirvió por voluntad y orden de Dios. Siempre se ha de entender excepta la culpa y pecado; porque de eso no es Dios causa, ni autor, ni lo puede ser; porque así como repugna a la naturaleza del fuego enfriar, y a la del agua calentar, y a la del sol oscurecer; así infinitamente más repugna a la bondad inmensa de Dios amar la maldad Y así dijo el profeta Habacuc: Señor, vuestros ojos son limpios, para no ver el mal, y no podéis ver la maldad[14]». Como decimos acá, no le puede ver cuando queremos dar a entender el aborrecimiento que uno tiene a otro; así dice que no puede Dios ver la maldad por el odio y aborrecimiento grande que le tiene. «Porque no eres tu Dios que quieres la iniquidad[15]». Amaste

13 Hier ep. ad Demetriad.; Cicer. de Amicit.

14 Habac. I, 13.

15 Psalm. V, 5.

la justicia y aborreciste la iniquidad[16]», dice David. Toda la sagrada Escritura está llena de cuánto aborrece Dios el pecado ; y así no puede ser causa ni autor de él. Pero fuera de eso todas las demás cosas y todos los trabajos y males de pena vienen por voluntad y orden de Dios. Este fundamento es también muy cierto; no hay fortuna en el mundo, como fingía el error de los gentiles. Los bienes que el mundo llama de fortuna, no los da la fortuna, que no la hay, sino solo Dios. Así lo dice el Espíritu Santo por el Sabio. «Los bienes y los males la vida y la muerte, la pobreza y las riquezas, Dios las da[17]».

Y aunque estas cosas vengan por medio de otras causas segundas, más cierto es que ninguna cosa se hace en esta gran república del mundo, sino por voluntad y orden de aquel sumo Emperador que la gobierna Ninguna cosa viene acaso respecto de Dios; todo viene registrado y colado por su mano. Contados tiene todos los huesos de vuestro cuerpo y todos los cabellos de vuestra cabeza, y ni uno sólo os será quitado sin orden y voluntad suya. ¿Qué digo yo acerca de los hombres? Un pájaro no cae en el lazo, dice Cristo nuestro Redentor en el Evangelio sin dispensación y voluntad de Dios. ¿Por ventura no se venden dos pajarillos por un cuarto y uno de ellos no caerá sobre la tierra sin vuestro Padre[18]?» Que ni aun una hoja de

16 Psalm. XLIV, 8.
17 Eccli. XI, 14.
18 Math. X, 29.

un árbol se mueve sin su voluntad. Aun de las suertes, dice el Sabio: Las suertes se meten en el seno mas el Señor dispone de ellas[19]». Aunque las suertes se sacan del seno o cántaro, no penséis que salen acaso, que no salen sino con orden de la divina Providencia, que lo dispone y quiere así. «Y cayó la suerte sobre Matías[20]». No fue acaso que cayese la suerte sobre Matías, sino particular acuerdo y providencia de Dios, que le quiso escoger para apóstol suyo por aquella vía.

Esta verdad, aun con sola la luz natural la alcanzaron los buenos filósofos, y dijeron que, aunque respecto de las causas segundas muchas cosas son acaso, pero respecto de la primera causa no son acaso, sino pretendidas muy de propósito. Y ponen ejemplo, como si un señor enviase a un criado a alguna parte a negocios, y enviase por otra parte otro criado al mismo lugar a otro negocio, sin saber el uno del otro, pretendiendo que allá se juntasen; el encontrarse estos dos criados respecto de ellos es acaso; pero respecto del señor que lo pretendió no es acaso, sino pensado y pretendido muy de propósito. Así acá, aunque respecto de los hombres acaezcan algunas cosas acaso, porque ellos no pretendieron aquello ni lo pensaron; pero respecto de Dios no fue acaso, sino con acuerdo y voluntad suya, que lo ordenó así, para los fines secretos y ocultos que él sabe.

---

19 Prov. XVI, 33.
20 Act. I, 26.

Lo que habemos de sacar de estos dos fundamentos es la conclusión y tema que propusimos, que pues todas las cosas que nos suceden vienen de la mano de Dios, y toda nuestra perfección está en conformarnos con su voluntad, que las tomemos todas como venidas de su mano, y nos conformemos en ellas con su santísima y divina voluntad. No habéis de tomar ninguna cosa como venida acaso, o por industria y trazas de los hombres, porque eso es lo que suele dar mucha pena y congoja: no penséis que os vino esto o aquello, porque el otro lo meneó, y que si no fuera por tal o tal cosa, de otra manera sucedería. No habéis de hacer caso de eso, sino tomar todas las cosas como venidas de la mano de Dios, por cualquier vía y por cualquier rodeo que vengan; porque él es el que las envía por esos medios.

Solía decir uno de aquellos famosos Padres del yermo, que no podría el hombre tener verdadero descanso, ni contento en esta vida , si no hiciera cuenta que en este mundo solamente está Dios y él. Y san Doroteo, en la doctrina séptima, dice que aquellos Padres antiguos tenían grande ejercicio de tomar todas las cosas como venidas de la mano de Dios, por pequeñas que fuesen y de cualquiera manera que viniesen, y que con esto se conservaban en grande paz y quietud, y vivían una vida del cielo.

CAPÍTULO II.

En que se declara más el segundo fundamento.

Es una verdad tan asentada en la Escritura divina que todos los trabajos y males de pena vienen de la mano de Dios, que no era menester detenernos en probarla, si el demonio con su astucia no procurara oscurecerla; porque de la otra verdad también cierta, que dijimos, que es no ser Dios causa ni autor de pecado, infiere una conclusión falsa y mentirosa, haciendo creer a algunos que, aunque los males que nos vienen por medio de causas naturales y criaturas irracionales como la enfermedad, el hambre y esterilidad, vienen de mano de Dios, porque allí no hay pecado, ni le puede haber en esas criaturas, porque no son capaces de él; pero que el mal y trabajo que sucede por culpa del hombre que me hirió, o robó, o deshonró, no viene de la mano de Dios, ni guiado por su orden y providencia, sino por la malicia y dañada voluntad del otro, el cual es un error muy grande. Dice muy bien san Doroteo, en la doctrina séptima, reprendiendo esto, y a los que no toman las cosas como venidas de la mano de Dios: Hay algunos que cuando otro dice alguna palabra contra ellos o hace algún otro mal, olvidados de Dios, toda su saña convierten contra el prójimo, imitando a los perros que muerden la piedra, y no miran ni tienen cuenta con la mano que la tiró».

Para desterrar este error, y que vamos bien fundados en la verdad católica , notan los teólogos que en

el pecado que hace el hombre concurren dos cosas, la una el movimiento y acto exterior, la otra el desorden de la voluntad, con que se aparta de lo que Dios manda. De la primera es autor Dios, de la segunda el hombre. Pongamos caso, que un hombre riñe con otro y le mata; para matarle tuvo necesidad de echar mano a la espada, levantar y menear el brazo, tirar el golpe y hacer otros movimientos naturales que se pueden considerar por sí, sin el desorden de la voluntad del hombre que los hizo, para matar a otro. De todos estos movimientos en sí considerados es causa Dios y él los hace, como hace todos los otros efectos de las criaturas irracionales. Porque así como ellas no se pueden menear ni obrar sin Dios; así tampoco sin él no pudiera el tal hombre menear el brazo, ni echar mano a la espada. Y además de esto, aquellos actos naturales de sí no son malos, porque si el hombre usase de ellos para su necesaria defensa, o en guerra justa, o como ministro de justicia, y matase a otro, no pecaría. Pero de la culpa, que es el defecto y desorden de la voluntad con que el malo hace la injuria de aquella desviación de la razón y torcimiento de ella, no es causa Dios aunque la permite, porque pudiéndola impedir no la impide por sus justos juicios. Declaran esto con una comparación: tiene un hombre una herida en el pie y anda con él cojeando, la causa de que ande con el pie es la virtud y fuerza motiva del alma; mas del cojear, la causa es la herida y no la virtud del alma. Así en la obra que uno hace pecando, la causa de la

obra es Dios; mas que falte y peque obrando, es del libre albedrío del hombre.

De manera que, aunque Dios no es, ni puede ser, causa ni autor del pecado; pero habemos de tener por cierto que todos los males de pena, ahora vengan por medio de causas naturales y de criaturas irracionales, ahora vengan por medio de criaturas racionales, por cualquier vía y de cualquier manera que vengan, vienen de la mano de Dios y por su dispensación y providencia. Dios es el que meneó la mano del que os lastimó y la lengua del que os dijo la palabra afrentosa. ¿Habrá algún mal en la ciudad que el Señor no haya hecho?». Dice el profeta Amos[21] y está llena la sagrada Escritura de esta verdad, atribuyendo a Dios el mal que un hombre hizo a otro, y diciendo que Dios es el que hizo aquello. En el segundo libro de los Reyes[22] en aquel castigo con que castigó Dios a David por medio de su hijo Absalón, por el pecado de adulterio y homicidio que cometió, dice Dios que él lo había de hacer. He aquí que yo levantaré el mal sobre ti, de tu misma casa, y a tus ojos tomaré tus mujeres y las daré a tu cercano; porque tú lo hiciste en secreto; mas yo haré estas cosas a vista de todo Israel, y a la vista del sol». Y de aquí es también que a los reyes impíos que por su soberbia y crueldad ejecutaban atrocísimos castigos en el pueblo de Dios, los llama la Escritura instrumentos de la justicia divina: ¡Ay de Asur vara

21 Cap. III, 6.
22 Cap. XII, 11, 12.

de mi furor[23]». Y de Ciro, rey de los persas, por quien había el Señor de castigar los caldeos dice: Cuya diestra yo tengo de menear[24]». Dice muy bien san Agustín a este propósito: Hace Dios con nosotros, como se suele haber acá un padre, que enojado con su hijo toma un palo que halló por ahí y castiga con él al hijo, y después al palo échale en el fuego, y al hijo hácele heredero de todos sus bienes. De esa manera, dice el Santo, suele también el Señor tomar a los malos por instrumento y azote para castigar a los buenos[25].»

En las historias eclesiásticas[26] leemos, que en la destrucción de Jerusalén, como Tito, capitán de los romanos, paseándose al rededor de la ciudad viese las cavas llenas de calaveras y cuerpos muertos, y que toda la comarca se inficionaba por su hedor, levantó los ojos al cielo con grande voz, y puso a Dios por testigo que él no era en que tan grande estrago se hiciese. Y cuando aquel bárbaro Alarico iba a saquear y destruir a Roma, le salió al encuentro un venerable monje, y le dijo que no quisiese ser causa de tantos males como en aquella jornada se cometería. Y él respondió: No voy yo por mi voluntad a Roma, mas una persona me combate cada día y me atormenta diciéndome: ve a Roma y destruye la ciudad[27]. De manera que todas estas cosas vienen de mano de Dios y por orden y voluntad suya. Y así el real profeta David,

23 Isai. X, 5.
24 Ibid, XLV, 1.
25 Sup. Psalm. LXXIII.
26 P. I, lib. III, cap. 1.
27 P. II, lib. IV, cap. 2.

cuando Semei le maldecía y le tiraba piedras y polvo, dijo a los que le querían vengar de él: Dejadle que el Señor le mandó que me maldijese[28]». Quiere decir, el Señor le ha tomado por instrumento para afligirme y castigarme.

Pero, ¿qué mucho es, reconocer a los hombres por instrumentos de la justicia y providencia divina, pues que lo son los mismos demonios, obstinados y empedernidos en su malicia, y ansiosos de nuestra perdición? Nótalo esto maravillosamente san Gregorio sobre aquello que dice la Escritura en el primer libro de los Reyes: «Un espíritu malo del Señor atormentaba a Saul[29]». El mismo espíritu se llama espíritu del Señor, y espíritu malo: malo, por el deseo de su mala voluntad; y del Señor, para dar a entender que era enviado de Dios para dar aquel tormento a Saul, y que Dios lo obraba por él. Y así lo declara allí el mismo texto diciendo: Le atormentaba un espíritu malo por permisión del Señor[30]». Y por la misma razón dice el Santo[31], que a los demonios que atribulan y persiguen los justos, los llama la Escritura ladrones de Dios: ladrones, por la mala voluntad que tienen de hacernos mal; y de Dios, para darnos a entender que el poder que tienen para hacer mal lo tienen de Dios.

---

28 II Reg. XVI, 10.
29 Lib. XVIII Moral., cap. 3; I Reg. XVI, 23.
30 I Reg. XVI, 14.
31 Lib. XIV Moral., cap. 18

Y así pondera muy bien san Agustín: No dijo el santo Job[32], el Señor me lo dio, y el demonio me lo quitó»; sino todo lo refirió luego a Dios y dijo: El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó; porque sabia muy bien que el demonio no puede hacer más malo de lo que le es permitido por Dios. «Y prosigue el Santo: Ninguno diga, el demonio me hizo este mal , atribuid a Dios vuestro trabajo y azote ; porque el demonio no puede hacer nada, ni tocaros al pelo de la ropa, si Dios no le da licencia para ello[33]». Aun en los puercos de los gerasenos no pudieron entrar los demonios, sin pedir primero licencia a Cristo nuestro Redentor, como cuenta el sagrado Evangelio[34]. ¿Cómo os tocarán a vos ni os podrán tentar sin licencia de Dios? el que no pudo tocará los puercos, ¿cómo tocará a los hijos?

CAPÍTULO III.

De los bienes y provechos grandes que encierra en sí esta conformidad con la voluntad de Dios.

El bienaventurado san Basilio dice, que la suma de la santidad y perfección de la vida cristiana consiste en atribuir las causas de todas las cosas así grandes

32 Job, I, 21.
33 August. in Psalm. XXXI.
34 Math. VIII, 31.

como pequeñas a Dios, y conformarnos en ellas con su santísima voluntad. Pero para que entendamos mejor la perfección e importancia de esto, y así nos aficionemos más a ello y lo procuremos con mayor cuidado, iremos declarando en particular los bienes y provechos grandes que encierra en sí esta conformidad con la voluntad de Dios. Cuanto a lo primero, esta es aquella resignación verdadera y perfecta que tanto engrandecen los Santos, y todos los maestros de la vida espiritual, y dicen que es raíz y principio de toda nuestra paz y quietud. Porque de tal manera sujeta, y pone un hombre en las manos de Dios , como un poco de barro en las manos del artífice para que haga de él todo lo que quisiere, no queriendo ya ser más suyo, ni vivir para sí, ni comer ni dormir, ni trabajar para sí, sino todo por Dios y para Dios. Pues eso hace esta conformidad porque con ella se entrega uno del todo a la voluntad de Dios de tal manera, que no desea ni procura otra cosa sino que en él se cumpla perfectamente la divina voluntad, así en aquello que el mismo hombre ha de hacer, como en todo lo que le puede acontecer; y así en las cosas prósperas y de consuelo como en las adversas y trabajosas. Lo cual agrada tanto a Dios, que por esto el rey David fue llamado de Dios varón segun su corazón. He hallado a David hombre segun mi corazón, que hará todas mis voluntades[35]». Porque tenía su corazón tan rendido, y sujeto al cerra-

35 Act. XIII, 22.

zón del Señor, y tan pronto y dispuesto para cualquier cosa que él quisiese imprimir en él de trabajo o alivio, como está una cera blanda para recibir cualquiera figura o forma que le quisiesen dar. Que por eso dijo él una y otra vez: «Dispuesto está mi corazón, Dios mío, dispuesto y preparado está[36]».

Lo segundo, el que tuviere esta conformidad entera y perfecta con la voluntad de Dios, habrá alcanzado entera y perfecta mortificación de todas sus pasiones y malas inclinaciones. Bien sabemos cuán necesaria es esta mortificación, y cuán alabada y encomendada de los Santos y de la sagrada Escritura: pues esa mortificación es un medio que necesariamente se ha de presuponer para venir a alcanzar esta conformidad con la voluntad de Dios. De manera que este es el fin, y la mortificación es medio para alcanzarle; y el fin principal siempre suele ser más alto y más perfecto que el medio. Que la mortificación sea medio necesario para venir a alcanzar esta unión y conformidad entera y perfecta con la voluntad de Dios bien se ve; porque lo que nos impide esta unión y conformidad es nuestra propia voluntad y apetito desordenado; así cuanto uno mas negaré y mortificaré su voluntad y apetito, tanto más fácilmente se unirá y conformará con la voluntad de Dios. Para unir, y ajustar un palo basto con otro muy labrado y pulido es menester labrarle y desbastarle primero, porque sino no se podrá

36 Psalm. LVI, 8.

unir ni juntar bien con él. Pues eso hace la mortificación: vamos desbastando, acepillando y labrando, para que así nos podamos unir y ajustar con Dios, conformándonos en todo con su divina voluntad ; y así cuanto uno más se fuére mortificando, tanto más se irá uniendo y ajustando con la voluntad de Dios; y cuando estuviere perfectamente mortificado, llegará a esta perfecta unión y conformidad.

De aquí se sigue otra cosa, que puede ser la tercera, que esta resignación y conformidad entera con la voluntad de Dios es el mayor y más acepto y agradable sacrificio que el hombre puede ofrecer de sí a Dios. Porque en los otros sacrificios ofrécele sus cosas, mas en este ofrécese a sí mismo. En los otros sacrificios y mortificaciones mortificase uno en parte; en la templanza o en la modestia, en el silencio o en la paciencia ofrece a Dios parte de sí ; pero este es un holocausto en el cual se ofrece uno enteramente y del todo a Dios, para que haga del todo lo que quisiere, y cómo quisiese y cuándo quisiere, sin exceptuar ni sacar cosa alguna, ni reservar nada para sí. Y así, cuanto va del hombre a las cosas del hombre, cuanto va del todo a la parte, tanto va de este sacrificio a los demás sacrificios v mortificaciones.

Y estima Dios esto en tanto, que eso es lo que él quiere y pide de nosotros. Hijo, dame tu corazón[37]». Así como el azor real no se ceba sino de corazones,

37 Prov. XXIII, 26.

así Dios lo que más aprecia y estima es el corazón; y si ese no le dais, con ninguna otra cosa le podréis contentar ni satisfacer. Y no nos pide mucho en pedirnos esto, porque si a nosotros, que somos un poco de polvo y ceniza, nonos basta a hartar ni contentar todo cuanto Dios tiene criado, ni estará satisfecho este nuestro pequeñuelo corazón con menos que Dios; ¿cómo pensáis vos contentar y satisfacer a Dios, dándole aun no todo vuestro corazón, sino parte de él, y reservando parte para vos? Muy engañado estáis que no es nuestro corazón para poderle dividir ni repartir de esa manera «Porque estrecha es la cama, de modo que uno de los dos ha de caer; y una manta corta no puede cubrir al uno y al otro[38]». Cama pequeña y estrecha es el corazón, dice el profeta Isaías, no cabe en él más que Dios. Y por eso le llama la Esposa, camilla pequeña. «En mi lecho por las noches busqué al que ama mi alma[39]». Porque tenia su corazón estrechado de tal manera que en él no cabía otro que su Esposo. Y el que quisiere extender y dilatar su corazón para dar en él lugar a otro, echará a Dios de él. Y de eso se queja Su Majestad por Isaías: «Porque junto a mí te descrubriste y recibiste al adúltero: ensanchaste tu lecho, y con ellos hiciste concierto[40]». Adulterado habéis recibiendo en la cama de vuestro corazón a otro que a vuestro esposo, y por cubrir al adúltero, descu-

38 Isai. XXVIII, 20.
39 Cant. III, 1.
40 Isai. LVII, 8.

brís y echáis fuera a Dios. Mil corazones que tuviéramos los habíamos de ofrecer a Dios, y todo nos ha de parecer poco para lo que debemos a tan gran Señor.

Lo cuarto, como decíamos al principio[41], quien tuviere esta conformidad tendrá perfecta caridad y amor de Dios, y cuanto más creciere en ella, tanto más irá creciendo en amor de Dios, y consiguientemente en la perfección, que consiste en esa caridad y amor. Lo cual fuera de lo dicho se corrige bien de lo que acabamos de decir. Porque el amor de Dios no consiste en palabras sino en obras. Dice san Gregorio: «La prueba del verdadero amor son las obras[42]». Y cuanto las obras son más dificultosas y nos cuestan más, tanto más manifiestan el amor. Y así el apóstol y evangelista san Juan, queriendo declarar así el amor grande que Dios tuvo al mundo, como el amor grande que Cristo nuestro Redentor tenia a su Padre eterno; de lo primero dice: «Fue tan grande el amor que Dios tuvo al hombre, que nos dio a su unigénito Hijo[43]», para que padeciese y muriese por nosotros. Y de lo segundo dice el mismo Cristo: «Para que conozca el mundo que amó a mi Padre, levantaos y vamos de aquí[44]»; y el negocio a que iba, era a padecer muerte de cruz. En eso mostró y dio testimonio al mundo, que amaba a su Padre, en que cumplió su mandamiento tan riguroso. De manera que en las obras se muestra el amor,

41 Cap. I.
42 Hom in Evang.
43 Joan. III, 16.
44 Ibid, XIV, 3.

y tanto más, cuanto las obras son mayores y más trabajosas. Pues esta conformidad entera con la voluntad de Dios, como habernos dicho, es el mayor sacrificio que podemos hacer a Dios de nosotros: porque presupone una perfectísima mortificación y resignación, con la cual se ofrece uno a Dios Y se pone del todo en sus manos para que haga de él lo que quisiere. Y así no hay cosa en que más muestre uno el amor que tiene a Dios que en esto, pues le da y ofrece todo lo que tiene y todo lo que podía tener y desear, y si más tuviera y pudiera, todo se lo diera.

CAPITULO IV.

Que esta perfecta conformidad con la voluntad de Dios es una felicidad y bienaventuranza en la tierra.

El que llegare a tener esta conformidad entera con la voluntad de Dios, tomando todas las cosas que sucedieren como venidas de su mano, y conformándose en ellas con su santísima y divina voluntad, habrá alcanzado una felicidad y bienaventuranza acá en la tierra: gozará de una paz y tranquilidad muy grande, tendrá siempre un gozo y alegría perpetua en su alma, que es la felicidad y bienaventuranza de que gozan acá los grandes siervos de Dios. Porque, como dice el Apóstol: «No está la bienaventuranza de esta vida en comer

y beber, y darse a pasatiempos y deleites sensuales, sino en la justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo[45]». Este es el reino del cielo en la tierra, y el paraíso de deleites de que podemos acá gozar. Y con razón se llama esta bienaventuranza, pues nos hace en cierta manera semejantes a los bienaventurados. Porque así como allá en el cielo no hay mudanzas ni vaivenes, sino siempre permanecen los bienaventurados en un ser, gozando de Dios, así acá los que han llegado a esta entera y perfecta conformidad, que todo su contento es el contento y voluntad de Dios, no se inquietan ni turban con las mudanzas de esta vida ni con los varios sucesos que acontecen, porque está su voluntad y corazón tan unido y conforme con la divina voluntad, que el ver que todo aquello viene de su mano, y que se cumple en ello la voluntad y contento de Dios, hace que los trabajos se les conviertan en gozo, y los desconsuelos en alegría; porque más quieren y aman la voluntad de su amado que la suya. Y así, a estos tales no hay cosa que les pueda turbar. Porque si lo que les podía turbar y dar pena, que son los trabajos, adversidades y deshonras, toman ellos por particular regalo y consuelo, por venirles de la mano de Dios y ser aquella su voluntad, no queda cosa que les pueda inquietar ni quitar la paz y tranquilidad de su alma.

Esta es la causa de aquella paz y alegría perpetua, con que leemos que andaban siempre aquellos Santos

45 Rom. XIV, 17.

antiguos: un san Antonio, un san Domingo, un san Francisco y otros semejantes. Y lo mismo leemos de nuestro santo Padre Ignacio[46], y lo vemos ordinariamente en los grandes siervos de Dios. ¿Por ventura carecían de trabajos aquellos Santos? ¿No tenían tentaciones y enfermedades como nosotros? ¿No pasaban por ellos varios y diversos sucesos? sí por cierto, y más dificultosos que por nosotros. Porque a los más santos les suele Dios probar y ejercitar más con semejantes cosas. Pues, ¿cómo estaban siempre en un mismo ser? ¿con un mismo semblante? ¿con una serenidad y alegría interior y exterior, que siempre parece que era Pascua para ellos? La causa de esto era la que vamos diciendo, porque habían llegado a tener una conformidad entera con la voluntad de Dios, y puesto todo su gozo en el cumplimiento de ella, y así todo se les convertía en contento. «Todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios[47]». «No se contristará el justo por cosa que le acontezca[48]». El trabajo, la tentación y la mortificación, todo se les convertía en gozo, porque entendían que aquella era la voluntad de Dios, la cual era todo su contento. Habían alcanzado ya la felicidad y bienaventuranza de que acá en esta vida se puede gozar, y así andaban como en gloria. Dice muy bien a este propósito santa Catalina de Sena[49], que los justos son como Cristo

46 Lib. V, c. 5, de su vida.
47 Rom. VIII, 28.
48 Prov. XII, 21.
49 En los Dialog.

nuestro Redentor, el cual nunca perdió la bienaventuranza del ánima, aunque tenía muchos dolores y penas. Así los justos nunca pierden esta bienaventuranza, que consiste en la conformidad con la voluntad de Dios, aunque tengan muchas adversidades. Porque siempre dura y permanece en ellos el gozo y contento de la voluntad y contento de Dios que en aquello se cumple.

Esta es una perfección tan alta y tan aventajada, que dice el apóstol san Pablo que sobrepuja todo sentido: «Y la paz de Dios, que sobrepuja todo sentido, guarde vuestros corazones y vuestras inteligencias en Jesucristo[50]». Dice que esta paz sobrepuja todo sentido, porque es un tan alto y tan sobrenatural don de Dios, que no puede el entendimiento humano por sí solo entender cómo sea posible que un corazón de carne esté quieto, pacífico y consolado en medio de los torbellinos y tempestades de las tentaciones y trabajos de esta vida. Parece eso a la maravilla de «la zarza que vio Moisés, que se ardía y no se quemaba[51]»: y al milagro de aquellos tres mancebos, que estaban en el horno de Babilonia, que en medio del fuego permanecieron sanos y enteros, alabando a Dios. Esto es lo que el santo Job hablando con Dios decía: «Maravillosamente, Señor, me atormentais[52]»; dando a entender por una parte el trabajo y dolor grande que

50 Philip. IV, 7.
51 Exod. III, 2.
52 Job, X, 16.

padecía, y por otra el gusto y contento grande que tenia en padecerle, por ser aquella la voluntad y contento de Dios.

Cuenta Casiano[53], que estando un santo viejo en Alejandría cercado de grande muchedumbre de infieles que le decían maldiciones, él estaba en medio de ellos como un cordero, sufriendo y callando con grande quietud de corazón. Escarnecían de él, dábanle golpes y empellones, y hacíanle otras gravísimas injurias, y entre otras cosas le dijeron con escarnio: ¿qué milagros ha hecho Jesucristo? Respondió: los milagros que ha hecho son, que estando sufriendo las injurias que me hacéis, y otras mayores que fuesen, no me indigne, ni enoje contra vosotros, ni me turbe con alguna pasión. Esa es grande maravilla, y una muy alta y aventajada perfección.

De aquel monte de Macedonia, llamado Olimpo, dicen los antiguos, y lo trae san Agustín en muchos lugares[54], que es de tan grande altura, que no se sienten allá arriba ni vientos, ni lluvias, ni nubes. Ni aun las aves pueden aportar: allá, porque está tan alto, que sobrepuja esta primera región del aire, y llega a la segunda. Y así, está allí el aire tan puro y delicado, que no se, que no se pueden engendrar, ni sustentar en él las nubes, que habían menester aire más denso. Y por la misma razón no se pueden tener allí las aves, ni aun los

---

53 Collat. XII, c. 13.

54 August. lib. de Gen. ad lit.; en el imperfecto, cap. 13; lib. III, cap. 2; lib. I de Genesi contra Manich. c. 15; Luc. lib. II Pharsalicæ.

hombres pueden vivir allí: porque por ser el aire tan sutil y delicado, no es suficiente para poder respirar. Y de esto dieron noticia algunos que subían allá de año en año a hacer ciertos sacrificios. Los cuales llevaban consigo unas esponjas mojadas, para que puestas a las narices pudiesen condensar el aire, y así respirar. Estos escribían allá arriba en el polvo unas letras, las cuales hallaban otro año tan formadas y enteras como las habían dejado. Lo cual no pudiera ser, si llegaran allá los vientos y lluvias. Pues este es el estado de perfección a que han subido y llegado los que tienen esta conformidad entera con la voluntad de Dios: «El Olimpo se levanta sobre las nubes, y en su cima reina la paz». Hanse subido y levantado tan alto, han alcanzado ya una paz tan grande, que no hay nubes, ni vientos, ni lluvias que lleguen allá; ni hay aves de rapiña que salten ni roben la paz, y alegría de su corazón.

San Agustín[55], sobre aquellas palabras: «Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios[56]», dice, que por eso llama Cristo nuestro Redentor a los pacíficos bienaventurados e hijos de Dios, porque no hay cosa en ellos que resista, ni contradiga a la voluntad de Dios, sino en todo se conforman con ella, como buenos hijos, que en todo procuran ser semejantes a su Padre, no teniendo otro querer ni no querer, sino lo que su Padre quiere o no quiere.

---

55 Lib I de serm. Dom, in monte, cap. 3.
56 Math. V, 9.

Este es uno de los puntos más espirituales y principales que hay en la vida espiritual. El que llegaré a tomar todas las cosas que le sucedieren, así grandes como pequeñas, como venidas de las manos de Dios; y a conformarse en ellas con su divina voluntad, de manera que todo su contento sea el contento de Dios, y el cumplimiento de su santísima voluntad, ese tal ha hallado el paraíso en la tierra. «Está hecho su asiento en paz, y su morada en Sion[57]». Este tal, dice san Bernardo[58], podrá con toda seguridad y confianza cantar aquel cántico del Sabio: En todas estas cosas he buscado descanso, y habitaré en la herencia del Señor[59]». Porque ha hallado el verdadero descanso, y el gozo lleno y cumplido, que nadie se lo podrá quitar. «Para que vuestro gozo sea cumplido, y ninguno os quitará vuestro gozo[60]». ¡Oh si acabásemos de poner todo nuestro contento en el cumplimiento de la voluntad de Dios, que nuestra voluntad sea siempre la suya, y nuestro contento el suyo! Que no tenga yo, Señor, otro querer, ni no querer, sino lo que Vos queréis, o no queréis; y que ese sea mi consuelo en todas las cosas. Más a mí bueno me es el apegarme a Dios: el poner en el Señor Dios mi esperanza[61]» ¡Oh cuán bueno sería para mi alma juntarme de esta manera con Dios! ¡Oh qué dichosos seríamos si estuviésemos siempre unidos con él, que no mirásemos en todo lo que hace-

57 Psalm. LXXV, 3.
58 In Sentent.
59 Eccli. XXIV, 11.
60 Joan. XVI, 24, 22.
61 Psalm. LXXII, 28.

mos y padecemos sino que estamos cumpliendo la voluntad de Dios; y ese fuese todo nuestro contento y regocijo! Esto es lo que dice aquel Santo: «Aquel a quien todas las cosas le fueren uno, y todas las cosas trajere a uno y todas las cosas viere en uno, podrá ser firme de corazón, y permanecer pacífico en Dios[62]».

CAPÍTULO V.

Que en solo Dios se halla contento, y el que le pusiere en otra cosa no podrá tener verdadero contento.

Los que pone su contento en Dios y en su divina voluntad, gozan de un contento y alegría perpetua; porque, como están asidos a aquella firme columna de la voluntad de Dios, participan de aquella inmutabilidad de la divina voluntad; y así están siempre firmes e inmobles, y en un mismo ser. Pero los que están asidos a las cosas del mundo, y tienen puesto su corazón y contento en ellas no pueden tener contento verdadero ni durable; porque andan con las cosas y dependen de ellas, y así están sujetos a las mudanzas de ellas. El glorioso san Agustín declara esto muy bien sobre aquello del Profeta: «Concibió el dolor, y parió la iniquidad[63]» dice: «Tened por cierto,

62 kempis, lib. I de contemptu mundi, c. 3.
63 Psalm, VII, 15.

que mientras no pusiéreis vuestro contento en lo que no os pueda nadie quitar contra vuestra voluntad, siempre estaréis con pena y con sobresalto».

De nuestro Padre san Francisco de Borja leemos[64], que cuando llegó a Granada con el cuerpo de la emperatriz, al tiempo que hubo de hacer la entrega de él, destaparon la caja de plomo en que iba, y descubrieron su rostro, él cual estaba tan trocado, tan feo y desfigurado, que ponía horror a los que le miraban. Causó esto en él tanto sentimiento, que trocándole Dios el corazón con aquel desengaño tan grande del mundo, propuso firmemente: «Yo os ofrezco, Dios mío, de no servir más a señor que se me pueda morir». Pues tomemos nosotros esta resolución, que es muy buena: Yo propongo, Señor, no poner de aquí adelante mi corazón en otra persona que se me pueda morir, en cosa que se pueda acabar, ni en cosa que otro me pueda quitar contra mi voluntad; porque de otra manera no podréinos tener contento verdadero.

Porque si tenéis puesto vuestro amor y afición en aquello que os pueden quitar contra vuestra voluntad, dice san Agustín, trat. XXIV sobre san Juan, claro está que cuando os lo quitaren, lo habéis de sentir». Esa es cosa natural: no se deja sin dolor lo que se posee con amor: y cuanto mayor fuére el amor tanto mayor será el dolor. Y confirmando esto mismo en otro lugar, dice: «El que quiere alegrarse de sí, estará triste». Si po-

64 Lib. I c. 7 ejus vitæ.

néis vuestro contento en tal oficio, o en tal ocupación, o en estar en tal lugar, o en otra cosa semejante, ese contento fácilmente os le podrá quitar el superior, y así nunca viviréis contento. Si ponéis vuestro contento en las cosas, o en el cumplimiento de vuestra voluntad, esas se mudan fácilmente, y cuando ellas no se mudasen, vos mismo os mudáis, porque lo que hoy os agrada y contenta, mañana os desagrada y descontenta. Sino vedlo en aquel pueblo de Israel, que en teniendo el maná, se enfadaron y pidieron otro manjar , y en viéndose libres, luego tornaron a desear la sujeción, y suspiraban por Egipto, y por los ajos y cebollas que allá comían, y desearon muchas veces volverse allá. Nunca 'tendréis contento si le ponéis en esas cosas. «Empero el que pusiere todo su contento en Dios», y en el cumplimiento de su divina voluntad, ese siempre vivirá contento: porque Dios es sempiterno», nunca se muda, siempre permanece en un ser. Pues, «¿queréis, dice el Santo, tener un gozo y un contento perpetuo y sempiterno? poned vuestro corazón en Dios, que es sempiterno».

El Espíritu Santo[65] pone esta diferencia entre el hombre necio, y el hombre sabio y santo: «El necio múdase como la luna», hoy creciente y mañana menguante; hoy le veréis alegre, mañana triste; ahora de un temple, luego de otro; porque tiene puesto su amor y contento en las cosas del mundo mudables y pere-

---

65 Eccli. XXVII, 12

cederas; y así anda al son de ellas, y múdase conforme al suceso de ellas. Anda con la luna como la mar, es lunático. «Pero el justo y santo permanece como el sol», siempre de una misma manera, y en un mismo ser, no hay en él crecientes ni menguantes. El verdadero siervo de Dios siempre anda alegre y contento; porque tiene puesto su contento en Dios, y en el cumplimiento de su santísima voluntad, que no puede faltar, ni nadie se le puede quitar.

De aquel santo abad, que llamaban Deícola, se dice, que siempre se andaba riendo. Y preguntando por qué, decía: «Nadie es capaz de quitarme a Cristo». Sea lo que fuere, y venga lo que viniere, nadie me puede quitar a Dios. Este había hallado el verdadero contento; porque le había puesto en lo que no podía faltar, ni nadie le podía quitar. Pues hagámoslo nosotros así. Sobre estas palabras del salmo XXXII, 1: «Regocijaos, justos, en el Señor», dice san Basilio: Advertid, que no dice el Profeta que os alegréis en la abundancia de las cosas temporales, ni en que tenéis mucha habilidad o grandes letras y talentos; ni en que tenéis mucha salud, y muchas fuerzas corporales; ni en que sois muy tenido y estimado de los hombres, sino que os alegréis en el Señor, que pongáis todo vuestro contento en Dios, y en el cumplimiento de su santísima voluntad; porque eso solo es lo que harta, y todo lo demás no puede satisfacer, ni dar verdadero contento.

San Bernardo en un sermón que hace sobre aquellas palabras de san Pedro: «He aquí que nosotros todo

lo hemos dejado, etc.[66]», va declarando y probando esto muy bien; dice: «Todas las demás cosas, fuera de Dios, pueden ocupar el alma y el corazón del hombre; pero no le pueden hartar»; pueden provocar e incitar el hambre, pero no la pueden matar. Como el avariento, dice el Sabio[67], tiene mucha hambre de dineros, pero por más que tenga no se hartará»; y así es de todas las demás cosas del mundo, que no podrán hartar nuestra alma. Y da la razón de esto san Bernardo[68]: ¿Sabéis por qué las riquezas y todas las cosas del mundo no os pueden hartar? «porque no son manjar natural ni proporcionado del alma». Así como el aire y el viento no es manjar natural ni proporcionado de nuestro cuerpo, y os reiríais si vieseis a un hombre que está muerto de hambre ponerse abierta la boca al aire, como camaleón, pensando que con aquello se había de hartar y sustentar, y le tendríais por loco; así no es menor locura dice el Santo, pensar que el alma racional del hombre, que es espíritu, se ha de hartar con las cosas temporales y sensuales. «Hincharse puede, como el otro con el aire, pero hartarse es imposible,» porque no es ese su manjar. Dadle a cada uno sustento proporcionado; al cuerpo manjar corporal, y al espíritu, espiritual. «El pan del alma su manjar natural y proporcionado es la justicia y la virtud. Y así solamente los que tienen hambre y sed de esa

---

66 Matth. XIX, 27

67 Eccles, v, 9

68 Tract. de diling. Deo, c. 3, in fine.

justicia serán bienaventurados; porque esos serán hartos[69]».

El bienaventurado san Agustín, declarando más esta razón en los Soliloquios, capítulo 30, hablando del alma racional, dice: «Hicistes, Señor, al alma racional capaz de vuestra Majestad, de tal manera: que ninguna otra cosa la pueda satisfacer ni hartar sino Vos». Cuando el hueco y encaje de un anillo está hecho a la medida de alguna piedra preciosa, ninguna otra cosa que pongáis allí viene bien, ni acaba de llenar el tal vacío, sino solo aquella piedra preciosa, a cuya medida se hizo: y si el hueco es triangular, ninguna cosa redonda le podrá llenar. Pues nuestra alma fue criada a imagen y semejanza de la santísima Trinidad, con un vacío, y con un hueco y encaje en nuestro corazón capaz de Dios, y proporcionado para recibir en sí al mismo Dios. Y así es imposible que otra cosa pueda henchir y llenar ese vacío sino el mismo Dios: todo el mundo redondo no bastará para llenarle. «Hicístenos, Señor, para Vos, y así no se puede quitar, ni sosegar nuestro corazón, ni tener descanso, sino en Vos[70]».

Es muy buena comparación, y que declara esto bien, aquella común que se suele traer de la aguja del relojito del sol. La naturaleza de esta aguja, después de tocada con la piedra imán, es mirar al Norte, porque Dios le dio esa natural inclinación, y veréis qué desasosiego tiene aquella aguja, y qué de veces se vuel-

---

69 Ibid

70 Lib. I de las Confes., c. 1

ve, y se revuelve, hasta que endereza la punta al Norte: y esto hecho, luego para. Pues de esta manera crió Dios al hombre con esta natural inclinación y respeto a él, como a su norte y último fin: y así mientras no pusiéremos nuestro corazón en Dios, siempre estaremos como aquella aguja inquietos y desasosegados. A cualquier parte del cielo de las que se mueven, que mire aquella aguja no sosiega, y en mirando a un punto del cielo que no se mueve, queda fija e inmoble. Así, mientras pusiéreis los ojos y el corazón en las cosas del mundo mudables y perecederas, no podréis tener sosiego ni contento: ponedle en Dios, y tendréisle.

Esto nos había de mover mucho a buscar a Dios, aunque no fuese sino por nuestro propio interés; porque todos deseamos tener contento. Dice san Agustín[71]: «Bien sabemos, hermanos míos, que todo hombre naturalmente desea contento y descanso», y lo procura cuanto puede, porque no puede vivir sin él; «pero todo el acierto o engaño de los hombres está en acertar a poner los ojos y el corazón en el verdadero contento, o en el aparente y falso». El avariento, el lujurioso, el soberbio, el ambicioso y el glotón, todos desean tener contento: sino que el uno pone su contento en tener muchas riquezas; el otro en las honras y dignidades; el otro en comer y banquetear; el otro en sus deleites deshonestos: no acertaron a poner su contento en lo

71 Serm. XXX de Sanctis.

que le habían de poner, y así nunca en ninguna manera lo hallaron. Porque todas esas cosas y todo cuanto hay en el mundo no basta para hartar el alma ni para darle contento. Y así dice el Santo[72]: «¿Para qué te cansas, hombrecillo, buscando las cosas de acá? si quieres tener hartura y contento, ama a Dios, y eso basta; porque en él están todos los bienes, y él solo es el que puede hartar y llenar el deseo de tu corazón. Bendice, alma mía, al Señor que llena de bienes tu deseo[73]». Bendito, alabado y glorificado sea él por ello para siempre jamás. Amen.

CAPÍTULO VI.

En que se declara por otra vía como el conformarnos con la voluntad de Dios es medio para tener contento.

El glorioso Agustín, sobre aquellas palabras del Salvador: «Cualquiera cosa que pidiéreis a mi Padre en mi nombre, os la concederá[74]», dice, que no ha uno de buscar paz y quietud por vía de hacer su voluntad, y de alcanzar lo que apetece; porque no es eso lo bueno, ni lo que le conviene: antes por ventura será eso

72 De spirit. et anim., c.54
73 Psalm. cII, 2,5.
74 Joan. XII, 15.

malo para él, sino allanándose en lo bueno o mejor que Dios le ofrece: y eso es lo que ha de pedir a Dios. «Cuando no hallamos satisfacción en las cosas buenas, sino en las malas, no debemos pedir a Dios que nos conceda las malas, sino mas bien que nos dé gusto por las buenas[75]». Si no halláis gusto en el cumplimiento de la voluntad de Dios, que es lo bueno, sino que vuestro gusto y apetito se va al cumplimiento de vuestra voluntad, habéis de pedir y suplicar a Dios, no que os conceda lo que vos queréis, sino que os dé gusto en el cumplimiento de su voluntad, que es lo bueno y lo que os conviene. Y trae a este propósito aquello de los Números[76], cuando los hijos de Israel se enfadaron del maná del cielo que Dios les enviaba, y desearon y pidieron carne. Cumpliólesto Dios su deseo, pero muy a costa suya; porque aun estaban sus manjares en su boca, y la ira de Dios subió sobre ellos. «Y mató a los opulentos de ellos, y a los escogidos de Israel dio por el pie[77]». Castigólos Dios haciendo una grande matanza en ellos. Claro está que era mejor el maná del cielo que Dios les enviaba, que la carne que ellos pedían, y las cebollas y ajos de Egipto, por que suspiraban; y así no habían de pedir a Dios eso, dice el Santo, sino que les sanase el paladar, para que les supiese bien el manjar del cielo, y gustasen de él, y de esa manera no tuvieran que desear otro manjar, pues

75 Tract. LXXV, sup. Joan.
76 C. XVII, 8.
77 Psalm. LXXVII, 30, 31.

en el maná tenían todas las cosas y todos los sabores que podían desear[78]. De la misma manera cuando vos estáis con la tentación, o con la pasión, y tenéis el gusto estragado, y así no gustáis de la virtud, ni de lo bueno, sino que como enfermo apetecéis lo malo y lo dañoso, no os habéis de regir por vuestro apetito, ni querer que se cumpla lo que deseáis, porque eso no será medio para tener contento, sino para tener después mayor descontento, y mayor inquietud y desasosiego. Lo que habéis de desear y pedir a Dios es, que os sane el paladar, y os dé gusto en el cumplimiento de su santísima voluntad, que es lo bueno y lo que os conviene: y de esa manera vendréis a alcanzar la verdadera paz y el verdadero contento.

San Doroteo, en la doctrina nona, lleva esto por otro camino, o por mejor decir, declara esto mismo de otra manera. Dice, que el que en todo conforma su voluntad con la de Dios, de manera que no tiene otro querer ni no querer sino lo que Dios quiere o no quiere, viene de esa manera a hacer siempre su propia voluntad, y a tener siempre mucha paz y quietud. Pongamos ejemplo en la obediencia, y con eso quedará declarado lo que queremos decir, y haremos de un camino dos mandados. Decimos comúnmente a los que quieren ser religiosos y seguir el camino de la obediencia: Mirad, que acá en la religión no habéis de hacer vuestra voluntad en ninguna cosa; y dice san

78 Sap. XVI, v, 20.

Doroteo: andad, que bien podéis hacer vuestra voluntad. Yo os daré un medio con que hagáis todo el día vuestra voluntad, no solo lícita, sino santamente, y con mucha perfección. ¿Sabéis cómo? «El que no tiene propia voluntad , siempre hace su propia voluntad». El religioso que es buen obediente, y no tiene propia voluntad, siempre hace suya la voluntad ajena. Y de aquí es que, no queriendo cumplir la propia voluntad, se halla el haber cumplido siempre su voluntad». Procurad vos que vuestra voluntad no sea otra sino la voluntad del Superior, y así todo el día andaréis haciendo vuestra voluntad y con mucha perfección y merecimiento. Porque de esa manera yo duermo lo que quiero, porque no quiero dormir más de lo que tiene ordenado la obediencia. Y como lo que quiero, porque no quiero comer más de lo que me dan. Y tengo la oración que quiero, y la lección y ocupación, y penitencia que quiero, porque no quiero en eso sino lo que la obediencia me tiene tasado y ordenado. Y así en todo lo demás. De manera, que el buen religioso, no queriendo hacer su voluntad, viene a hacer siempre su voluntad. Y con eso andan tan alegres y contentos los buenos religiosos. Aquel hacer suya la voluntad de la obediencia los trae alegres y contentos.

En esto está todo el punto de la facilidad, o dificultad de la religión, y de esto depende la alegría y contento del religioso. Si vos os resolvéis en dejar vuestra propia voluntad, y tomar por vuestra la voluntad del Superior, haráseos muy fácil y suave la religión, y

viviréis con mucho contento y alegría. Pero si tenéis otra voluntad diferente de la del Superior, no podréis vivir en la religión: dos voluntades diferentes en uno no se pueden compadecer: aun con no tener nosotros sino una voluntad sola, por tener un apetito sensitivo que contradice a la voluntad y a la razón, no nos podemos averiguar con él, con ser ese apetito inferior y subordinado a nuestra voluntad; ¿qué será con dos voluntades, que cada una pretende ser la señora? «Ninguno puede servir a dos señores[79]». Que no está la dificultad de la religión, tanto en las cosas y trabajos que hay en ella cuanto en la repugnancia de nuestra voluntad, y en la aprehensión de nuestra imaginación: esa es la que nos hace las cosas pesadas y dificultosas. Entenderse ha esto bien por la diferencia que experimentamos en nosotros cuando tenemos tentaciones, y cuando no las tenemos: porque cuando estamos sin tentaciones, vemos que se nos hacen las cosas fáciles y ligeras; pero vendráos una tentación, y cargará sobre vos una tristeza y melancolía, y entonces lo que se os solía hacer fácil, se os hace muy dificultoso, y os parece que no lo podéis llevar, sino que se junta el cielo con la tierra. No está la dificultad en la cosa, pues esa es la misma que se era antes, sino en vuestra mala disposición como cuando el enfermo aborrece el manjar, no está la falta en el manjar, que ese bueno es, y bien guisado está, sino en el mal humor del enfer-

79 Matth. VI, 24.

mo, el cual le hace que le parezca el manjar malo y desabrido. Así es acá.

Esta es la merced que hace Dios a los que llama a la religión, que les da gusto y sabor en seguir la voluntad ajena: esa es la gracia de la vocación con que nos aventajó el Señor, sobre nuestros hermanos, que se quedaron allá en el mundo. ¿Quién os dio a vos esa facilidad en dejar voluntad, y seguir la ajena? ¿quién os dio un corazón nuevo, con que aborreciéseis las cosas del mundo, y gustáseis del regogimiento, y de la oración y mortificación? no os nacistes vos con eso, no por cierto, sino antes con lo contrario: «Porque el sentido y el pensamiento del corazón humano son propensos al mal desde su juventud[80]» Gracia y don fue ese del Espíritu Santo: él es el que, como buena madre, os puso acíbar en los pechos del mundo, para que se os hiciese amargo lo que antes os era dulce, y miel suavísima en las cosas de la virtud y de la religión, para que se os hiciese sabroso y suave lo que antes os parecía amargo y desabrido[81]. Decía la otra Santa (santa Agata): «Gracias infinitas os doy, Señor, porque me habéis guardado y escogido desde mi niñez, y porque habéis quitado de mi corazón el amor del siglo». Que no es mucho lo que nosotros hacemos en ser religiosos; sino es mucha, y muy grande, la merced que el Señor nos ha hecho en traernos a la religión, y hacer que gustemos del maná del cielo,

80 Genes, VIII, 21.

81 Ambrosius, Psalm. CXVIII.

gustando los otros y entreteniéndose con los ajos y cebollas de Egipto.

Algunas veces me pongo a considerar, como los del mundo dejan su voluntad y hacen propia la ajena por sus ganancias e intereses, desde el grande que está al lado del rey, hasta el lacayo y mozo de caballos. Comen, como dicen, a hambre ajena, y duermen a sueño ajeno, y están tan hechos a aquello, y han hecho tan suya la voluntad ajena, que gustan ya de aquella manera de vida, y la tienen por entretenimiento: «Y aquellos ciertamente lo hacen por recibir una corona corruptible, cuando la nuestra ha de ser incorruptible[82]». Pues, ¿qué mucho que nosotros gustemos de un modo de vivir tan concertado, como el de la religión, y hagamos propia la Voluntad del Superior, que es mejor que la nuestra? Si aquellos por una poca de honra y de interés temporal hacen tan suya la voluntad ajena, que les es ya gusto y entretenimiento el seguirla, y el hacer de las noches días, y de los días noches; ¿qué mucho que nosotros hagamos esto por el amor de Dios y por alcanzar la vida eterna? Pues resolvámonos en hacer nuestra la voluntad del Superior y de esa manera siempre harémos nuestra voluntad, y viviremos muy contentos y alegres en la religión y será nuestra alegría gozo muy espiritual.

Ahora, volvamos a nuestro intento, y apliquemos esto a nuestro propósito. Hagamos nuestra la volun-

---

82 I Cor. IX, 25.

tad de Dios, conformándonos con ella en todas las cosas, y no teniendo otro querer ni no querer sino lo que Dios quiere o no quiere; y de esa manera vendremos a hacer siempre nuestra propia voluntad, y a vivir con grande contento y alegría. Claro está que si vos no quisiéreis sino lo que Dios quiere, que se cumplirá vuestra voluntad porque se cumplirá la de Dios, que es lo que vos queréis y deseáis. Aun allá Séneca acertó a decir esto. Lo mas subido y perfecto del hombre dice[83], es saber sufrir con alegría los trabajos y adversidades, y, llevar todo lo que sucediere, como si por su voluntad propia le sucediese. Porque obligado está el hombre a quererlo así, sabiendo que es esa la divina voluntad. iOh qué contentos viviríamos, si acertásemos a hacer nuestra la voluntad de Dios, y a nunca querer sino lo que él quiere! no solo porque siempre se cumpliría nuestra voluntad, sino principalmente por ver que siempre se cumple y hace la voluntad de Dios, a quien tanto amamos. Que aunque nos hayamos de ayudar de lo dicho, pero en esto habemos de venir a parar. Y esto es en lo que habemos de poner todo nuestro contento, en el contentamiento de Dios, y en el cumplimiento de su santísima y divina voluntad: «Todas las cosas que el Señor quiso, hizo en el cielo, en la tierra en el mar y en todos los abismos[84]». Todas las cosas que el Señor quiso, hizo: y hará todas

83 In Præxfat. lib. III nat. quæst.
84 Psalm. XXXIV, 6

las que quisiere. Y puede hacer cuanto puede querer, como dice el Sabio: Está en tu mano, el poder hacer lo que quisieres[85]». Y no hay quien se lo pueda estorbar, ni quien lo pueda resistir: Todo está bajo vuestro imperio, y no hay quien pueda resistir a vuestra voluntad[86]» «Porque, ¿quién podrá resistir a su voluntad[87]?».

CAPÍTULO VII.

De otros bienes y provechos que hay en esta conformidad con la voluntad de Dios.

Otro grande bien y provecho hay en este ejercicio, y es, que esta conformidad y resignación entera con la voluntad de Dios es de las mejores y más principales disposiciones que de nuestra parte podemos poner para que el Señor nos haga mercedes, y nos llene de bienes. Y así, cuando Dios nuestro Señor quiso hacer a san Pablo, de perseguidor, predicador y apóstol suyo, le previno y dispuso con esta disposición. Envióle una gran luz del cielo, que le derribó del caballo, y le abrió los ojos del alma, y le hizo decir[88]: «Señor, qué queréis que haga?» veisme aquí, Señor, cómo un poco de

85 Sap. XII, 18.
86 Esther, XIII, 18.
87 Rom. IX, 19.
88 Act. IX, 6

barro en vuestras manos, para que hagáis de mí lo que quisiereis. Y así hizo Dios de él un vaso escogido, para que llevase y predicase su nombre por todo el mundo[89]». De la santa virgen Gertrudis se lee[90], que le dijo Dios: Cualquiera que desea que yo venga libremente a morar en él, ha de entregarme la llave de la propia voluntad, sin volvérmela más a pedir. Por esto, nuestro Padre[91] nos pone esta resignación e indiferencia por la principal disposición para recibir grandes mercedes de Dios. Y con esa quiere que entre uno en los ejercicios. Y ese es el fundamento que nos pone al principio de ellos. Que estemos indiferentes y despegados de todas las cosas del mundo, no deseando más esto que aquello; sino deseando que en todo se cumpla y haga en nosotros la voluntad de Dios. Y en las reglas o anotaciones que pone, para más ayudar así al que da, como al que hace los ejercicios, en la quinta de ellas dice, ayudarle muy mucho al que hace los ejercicios entregarse y ofrecerse liberalmente, y del todo, en las manos de Dios, para que haga de él y de sus cosas lo que él fuere más servido. Y la razón de ser esta tan gran disposición y medio para que el Señor nos haga mercedes, es, porque por una parte se quitan con esto los estorbos e impedimentos que podía haber de nuestras malas aficiones y deseos; y porque por otra cuanto uno más se fía de Dios, poniéndose del

89 Ibid, V, 15.
90 Apud Blos., c. 11 Monillis spirit.
91 En el libro de su Ejerc.

todo en sus manos y no queriendo sino lo que él quiere, tanto más obliga a Dios a que mire por él y por todo lo que le conviene.

Por otra vía es también esta conformidad con la voluntad de Dios medio muy eficaz para adquirir y alcanzar todas las virtudes. Porque estas se adquieren con el ejercicio de sus actos. Ese es el modo natural para alcanzar los hábitos; Y de esa manera quiere también Dios darnos la virtud porque quiere él obrar las obras de gracia conforme a las obras de naturaleza. Pues ejercitaos vos en esta resignación y conformidad con la voluntad de Dios, y de esa manera os ejercitaréis en todas las virtudes, y así las vendréis a alcanzar. Porque unas veces se os ofrecerán ocasiones de humildad, otras de obediencia, otras de pobreza, otras de paciencia, y así de las demás virtudes. Y mientras más os ejercitaréis en esta resignación y conformidad con la voluntad de Dios, y más fuereis creciendo y perfecciónándoos en ella, más iréis creciendo y perfecciónándoos en todas las virtudes. «Júntate con Dios y sufre con paciencia, para que al fin crezca tu vida[92]». Dice el Sabio: Juntaos con Dios, conformaos en todo con su voluntad. Conglutinaré Deo, dice otra letra: «Allegaos, y uníos con él», y de esa manera creceréis y aprovecharéis mucho. Por esto aconsejan los maestros de la vida espiritual, y es maravilloso consejo, que pongamos los ojos en una virtud superior, la

92 Eccli. II, 3.

cual encierre en sí las demás, y que esa procuremos principalmente en la oración, y a esa enderecemos el examen y todos nuestros ejercicios; porque poniendo los ojos en una cosa, es mas fácil dar tras ella, y alcanzada esa, se alcanza todo. Pues una de las cosas principales en que podemos poner los ojos para esto, es esta resignación y conformidad entera con la voluntad de Dios. Y así, en esta, será muy bien empleada la oración y el examen, aunque gastemos en eso muchos años y toda la vida; porque si esta alcanzamos, alcanzaremos todas las virtudes.

Sobre aquellas palabras del apóstol san Pablo: «Señor, ¿qué queréis que haga, dice san Bernardo[93]. ¡Oh palabra breve, pero llena, todo lo abraza, ninguna cosa deja! Señor, ¿qué queréis que haga? palabra breve, pero compediosa, pero viva, pero eficaz y digna de ser muy estimada». Pues si queréis un documento breve y compendioso para alcanzar la perfección, este es; decid siempre con el Apóstol: Señor, ¿qué queréis que haga? y, con el Profeta : «dispuesto y preparado está mi corazón, Señor, dispuesto y preparado está» para todo lo que quisiéreis de mí[94]. Traed siempre esto en la boca y en el corazón, y al paso que fuéreis creciendo en esto, iréis creciendo en perfección.

Otro bien y provecho hay también en este ejercicio, y es que podemos sacar de él un remedio muy bueno para cierto género y manera de tentaciones que

93 Serm. I de convers. S. Sauli.

94 Psalm. LVI, 8.

se suelen ofrecer. El demonio procura algunas veces inquietarnos con algunas tentaciones de pensamientos condicionales y de preguntas: si el otro te dijese esto, ¿qué responderías? si acaeciese esto, ¿qué harías? en este caso, ¿cómo te habrías ? y como él es tan sutil, represéntanos las cosas de tal manera que por cualquiera parte parece que nos hallamos perplejos, y no acertamos a salir por hallar allí armado lazo; porque el demonio no cura de que sea verdadero o aparente y fingido aquello con que engaña; como él haga su hecho de traer al hombre al consentimiento malo, no lo importa más eso que es otro. En estas tentaciones, dicen comúnmente que no está uno obligado a responder ni sí, ni no; antes hará mejor en no responder. Y especialmente a gente escrupulosa les conviene más esto; porque si comienzan a trabar pláticas con el demonio, y andar en demandas y respuestas con él; eso es lo que él quiere, porque a él no le faltarán réplicas; y por bien librados que salgan de la escaramuza, saldrán quebrada la cabeza. Pero una respuesta hallo yo buena y provechosa para estas tentaciones y responder esto lo tengo por mejor que el no responder, y es lo que vamos diciendo: a cualquiera cosa de esas puede uno responder a ojos cerrados: si eso es voluntad de Dios, yo lo quiero; si Dios quiere eso, yo también lo quiero ; yo querría en eso lo que Dios quisiese; en todo me remito a la voluntad de Dios; yo haría en eso lo que fuese obligado: el Señor me daría gracia para que en eso no le ofendiese, sino que hiciese lo

que fuese su voluntad. Esta es una respuesta general que satisface muy bien a todo, y no tiene dificultad así en general, sino mucha facilidad; porque si es voluntad de Dios, es buena; si es voluntad de Dios, es lo mejor; si es voluntad de Dios, es lo que a mí más me conviene. Bien seguramente me puedo arrojar en la voluntad de Dios y decir todas estas cosas; y con eso quedará el demonio muy burlado y confundido; y nosotros muy contentos y animados con la victoria. Así como en las tentaciones de fe aconsejan que no respondamos a ellas en particular, especialmente a los escrupulosos, sino que digamos en general, yo tengo y creo todo lo que tiene y cree la santa madre Iglesia; así en estas tentaciones es muy buen remedio no responder en particular, sino acogernos a la voluntad de Dios, que es sumamente buena y perfecta.

CAPITULO VIII.

En que se confirma con algunos ejemplos cuánto agrada a Dios este ejercicio de la conformidad con su voluntad, y la perfección grande que hay en él.

Cuenta Cesario[95], que en un monasterio había un monje, al cual había Dios dado tanta gracia de hacer

95 Lib. X Dialog., cap. 6.